

de su favor a los ricos. El dinero, sin embargo, como cobro por su intercesión en la salvación de las almas apenas tiene importancia frente a su drama interior: «Mi culpa. He traicionado a aquellos que me quieren y que me han dado su fe y me buscan para que yo interceda por ellos para con Dios. ¿Pero qué han logrado con su fe? ¿La ganancia del cielo? ¿O la purificación de sus almas? Y para qué purifican su alma, si en el último momento...» (pág. 95). En el fondo, el padre Rentería ofrece una visión intelectualizada de esa conciencia de condenación que tiene el pueblo. Consciente de su pecado de traición para con el pueblo, sin poder obtener el perdón de sus propios pecados, cierra el círculo de condenación de Comala con su propia condenación: «¿Qué le costaba a él perdonar, cuando era tan fácil decir una palabra o dos, o cien palabras si éstas fueran necesarias para salvar el alma? ¿Qué sabía él del cielo y del infierno?» (pág. 97). La duda siempre presente, corroyéndole la mente, como cuando asiste a los últimos momentos de la vida de Susana: «Le entraron dudas. Quizá ella no tenía de qué arrepentirse. Tal vez él no tenía nada de qué perdonarla» (pág. 185). Por eso, su decisión, al final de la novela, de unirse a los cristeros, abandonando a ricos y pobres, sólo puede entenderse desde la perspectiva de su drama interior (por más que tenga otras connotaciones): la antítesis de la duda es el fanatismo, y el padre Rentería no encuentra otro modo de solucionar sus dudas que hundiéndose voluntariamente en el fanatismo religioso que caracterizó a los cristeros.

c) *La rebelión contra la religión.* Frente a la aceptación sumisa, por parte de la comunidad, de una vida que cubre sus diferentes ciclos ritualizada por la religión, algunos personajes en la obra de Rulfo muestran la perspectiva de quienes no aceptan tal normalización religiosa. En *Anacleto Morones* se traza, de forma sarcástica, un cuadro de fanatismo religioso y de milagrería: las viejas beatas que necesitan del testimonio de Lucas Lucatero para poder canonizar a su suegro, Anacleto, especie de santón que en realidad ha sido un bandido a quien el mismo Lucas ha dado muerte. El narrador, Lucas Lucatero, irá mostrando la verdadera realidad oculta y opuesta a esa religiosidad falsa de las beatas.

También en *Talpa* y en *Acuérdate*, el lector puede observar una crítica a una religión caracterizada por su superficialidad, pero es en *Pedro Páramo* donde se aprecian verdaderos casos de rebelión contra la religión. Eduviges Dyada le comunica en clave enigmática a Juan Preciado que se ha suicidado: «Sólo yo entiendo lo lejos que está el cielo de nosotros: pero conozco cómo acortar las veredas. Todo consiste en morir, Dios mediante, cuando uno quiera y no cuando El lo disponga. O, si tú quieres, forzarlo a disponer antes de tiempo» (pág. 74). Ciertamente, a través de esta cita, se pueden observar curiosas y hasta contradictorias concepciones religiosas, pero también una actitud de rebeldía en cuanto lo que supone el suicidio para un creyente.

Es, sin embargo, en el personaje de Susana San Juan donde se expresa de forma más tajante la oposición a las creencias tradicionales del pueblo. En este sentido, Susana aparece en la novela como paradigma de un pensamiento crítico que se opone a la simplicidad con que los personajes del pueblo conciben la religión. De hecho, Susana es un personaje que no forma parte de Comala: ella ha vivido en el pueblo en su niñez y luego ha vivido fuera de su ámbito, para volver sólo al final de su vida para ser la esposa de Pedro Páramo; el hecho de que se aluda a que lee el periódico

es algo que la diferencia del resto de los personajes del pueblo, que son figuras primitivas. Su posición ante la religión ofrece dos perspectivas: el rechazo de una religión que se presenta como una violencia más que se ejerce sobre el pueblo y como postura personal. Del primer aspecto es un buen ejemplo la siguiente cita, en que se refiere a su madre que acaba de morir: «¿Qué no saldrá del Purgatorio si no le rezan esas misas? ¿Quiénes son ellos para hacer justicia, Justina?» (pág. 146). En cuanto a su posición personal frente a la religión, Susana tiene puntos de contacto con el padre Rentería: si éste representaba la duda permanente, ella va más allá, al negar la religión como vía de salvación, asumiendo una postura que podría calificarse de atea, con ciertas reservas. La agonía de sus últimos días, descrita minuciosamente en una novela tan breve, abunda en frases significativas: «¡Señor, tú no existes! Te pedí tu protección para él. Que me lo cuidaras. Eso te pedí. Pero tú te ocupas nada más de las almas» (pág. 170). Su postura ante la muerte, rechazando la intervención del padre Rentería, sumida en el recuerdo de Florencio, es una muestra de su falta de fe en la religión. «Yo sólo creo en el infierno», ha dicho en una ocasión. En el fragmento 51 de la novela se expresa con claridad su rechazo de la religión: el padre Rentería dialoga con Susana y le dice: «He venido a confortarte, hija», a lo que ella responde, creyendo hablar con Bartolomé, su padre: «Entonces, adiós padre (...). No vuelvas. No te necesito» (pág. 162). La identificación de Bartolomé-padre Rentería simboliza un doble rechazo al autoritarismo tanto físico como espiritual.

d) *La religión adulterada.* En todas las religiones aparecen una serie de elementos que van desde la popularización de las creencias hasta la incorporación de manifestaciones supersticiosas. La presencia en la obra de Rulfo de un grupo humano caracterizado por su bajo nivel cultural, que ha vivido al margen de todo progreso, apegado a tradiciones ancestrales, hace que sean muy numerosos estos elementos. Lo más significativo, sin embargo, no es la presencia continua de los mismos, sino el carácter negativo que proyectan sobre la religión. Se acentúa, así, el aspecto de desamparo que domina a los personajes de Rulfo.

Ya hemos visto cómo Macario vive perseguido por obsesiones de índole religiosa. En lo que a este punto se refiere, sus imágenes religiosas se concretizan físicamente: los demonios no forman parte de una realidad externa, sino que tiene que esconderse de ellos, amparándose en la sombra, y otro tanto sucede con los pecados que le acechan continuamente. Esta necesidad de pasar de un nivel más o menos abstracto a otro tangible se aprecia también en otros lugares de la obra de Rulfo: el personaje que va huyendo en el cuento *El hombre*, sentirá que su culpa —los asesinatos que acaba de cometer— es como un peso que lleva a la espalda y que cualquiera puede ver, lo mismo que en la novela expresa la hermana de Donis cuando le dice a Juan Preciado: «¿No me ve el pecado? ¿No ve esas manchas moradas como de jiote que me llenan de arriba abajo?» (pág. 119). Todo ello nos hace recordar los versos de Berceo que, reflejando la mentalidad medieval, situaban en un mismo plano a hombres y demonios, a la Virgen y sus devotos, en una necesidad de acercar a la mentalidad popular la doctrina de la religión.

Parecida relación con lo medieval presenta la creencia popular de «las ánimas en pena», que llena de sentido las páginas de la novela y que nos hace recordar aquellos

diálogos entre el alma y el cuerpo de los siglos XII y XIII. En la novela, Dorotea nos habla del momento de su muerte, desdoblándose en dos realidades: el alma, que escapa del cuerpo, «sentí cuando cayó en mis manos el hilito de sangre con que estaba amarrada a mi corazón» (pág. 135) y que se convertirá en un «alma en pena» y el cuerpo, con el que Dorotea sigue identificándose como ser individual y que también seguirá existiendo, como lo prueba el diálogo que en la tumba mantienen Juan Preciado y Dorotea. Como señalaba anteriormente, esta tradición aparece unida a concepciones religiosas medievales. Seguramente, no es su única fuente y podrían buscarse también influencias de las propias culturas indígenas mexicanas, pero tal búsqueda no dejaría de ser, para los fines de este estudio, erudita, pues lo que interesa destacar es esa situación desolada en que tanto el alma como el cuerpo quedan después de la muerte.

*Pedro Páramo* ha sido definida repetidamente como una novela en que se traspasan las fronteras entre la vida y la muerte, aspecto íntimamente ligado a las concepciones religiosas de los personajes. El lector debe abandonar su lógica racional para aceptar que vivos y muertos se puedan relacionar entre sí con toda naturalidad y en el mismo ambiente. Buena experiencia de ello tendrá Juan Preciado al llegar a Comala, dialogando con personajes ya muertos pero que, en apariencia, no lo son, y sólo en el transcurrir temporal llegará a tener conciencia de esa extraña realidad. Eduviges hablará con toda naturalidad de su hermana Sixtina, ya muerta, a la que encuentra deambulando por Comala. Miguel Páramo acudirá a la ventana de Eduviges cuando acaba de morir, sin que él sea consciente de lo que le ocurre. Inés Villalpando pedirá a Abundio que hable a Refugio, su mujer, que acaba de morir, para que interceda por ellos que quedan en la tierra, pero señalándole que lo haga pronto: «antes de que se acabe de enfriar» (pág. 190).

Estos ejemplos, que podrían multiplicarse, muestran cómo Rulfo ha logrado sintetizar en la novela una forma de vida que afecta por igual a los personajes de todos los cuentos. El mundo creado por Rulfo es único, los temas serán distintos pero en el trasfondo siempre queda ese mismo poso de soledad que domina en la novela. Los personajes arrastran una existencia infeliz, aplastados siempre por alguien que se impone a ellos con violencia, y su personalidad se encuentra dividida entre la vida cotidiana y esa otra vida que la religión les ofrece más allá de la muerte. Sin embargo, ¿qué pueden esperar de esa otra vida? La respuesta la ofrecen ellos mismos a través de esas concepciones ingenuas, rayando lo supersticioso, que hemos visto que contienen en sí mismas todo un trasfondo de desolación: no sólo no podrán conseguir la felicidad en su vida terrestre, sino que se sienten condenados de antemano para toda una eternidad.

Hay dos cuentos en *El Llano en llamas* en los que de manera especial aparece la religión vista a través de concepciones populares cercanas a actitudes supersticiosas: *Anacleto Morones* y *Talpa*. En el primero de ellos, se trata de poner en evidencia las falsificaciones que presenta una aparente vida de religiosidad. Las «beatas» del cuento personifican en términos extremos formas de comportamiento que aparecen continuamente en la obra de Rulfo. La presencia constante de los rezos, de la asistencia a las funciones religiosas en la iglesia, del toque de las campanas, crean un clima en los